

Sra. Presidenta, Sr. Presidente, Sras. y Sres. de la Junta de Gobierno del Paso Morao. Costaleros y Horquilleros de la Hermandad. Cofrades.... amigos.

Es para mí un orgullo y un honor que la Junta Directiva decidiera que fuera yo la encargada de dar el Pregón de la Primera Levantá de este año 2010. Un acto el de hoy, que indica el comienzo de los meses de ensayos y demás preparativos que darán lugar a que, una Semana Santa más, las calles de nuestro pueblo se impregnen de AMARGURA, de PASIÓN, de MISERICORDIA y de ESPERANZA con nuestro desfile procesional.

La verdad es que cuando me lo comunicaron, sentí una gran alegría y emoción, y aún con más motivo al cumplirse 150 años de la llegada a nuestra Hermandad la bella imagen del Santísimo Cristo de la Misericordia. Pero a la vez, representaba una gran responsabilidad, pues cómo ser capaz, pensé, de estar a la altura de tal encargo, especialmente, teniendo en cuenta la calidad y experiencia de mis predecesores. Así que puedo decir que también me ha supuesto todo un reto.

Estuve varios días pensando acerca de lo que escribir, buscando la forma de plasmar en papel tantos sentimientos, tantas emociones, tantas experiencias... A diferencia de los pregones anteriores, no podía tratar de explicar lo que se siente y lo que se vive siendo costalero, puesto que no lo soy. Así que cerré los ojos por un instante y comenzaron a llegar a mi mente multitud de recuerdos y de vivencias de todos estos años en el paso Morao, que se habían ido quedando en mí y que, hoy en día forman parte de mi vida y de mi persona.

Finalmente, decidí que en este día, intentaría describir con palabras lo que verdaderamente es para mí SER y SENTIRSE Morao.

Como bien ha dicho mi compañero mi andadura en esta Hermandad comenzó siendo bien pequeñita, es más, creo que puedo decir casi con toda seguridad, que soy Morá de nacimiento. Tanto es así, que a los pocos días de nacer, fui inscrita en dos instituciones: en el Registro Civil y en el Paso Morao, y diría que en ese orden, porque no quedaba otra opción. Y de hecho, uno de los rostros que me acompañaban en el día de mi bautizo era el del Nazareno.

Entré en esta Cofradía, como no podía ser de otra forma, de la mano de mi Padre, quien por entonces era el Presidente. Gracias a mis padres fui descubriendo poco a poco el mundo de la Semana Santa.

Recuerdo cuando todavía era una enana, pasar las tardes enteras limpiando y preparando los tronos, por un lado, y por otro, en la Casa de hermandad preparando y organizando las túnicas de los nazarenos. Recuerdo las noches de ensayos, que me encantaba que mi padre me llevara, sobre todo, por el momento tan esperado por los niños que allí estábamos, de subirnos a los tronos. Y recuerdo con mucho cariño cada miércoles Santo en el que mi amiga Triana y yo, recorríamos toda la procesión justo detrás del manto de la Virgen de la Esperanza; y esos viernes Santos por la mañana, en los que mi madre me colocaba la túnica de alzacola y acompañaba al Nazareno en su procesión al Calvario, cuidando de que a los penitentes no se les enredaran las colas y no pasaran sed.

Sin embargo, a pesar de todo esto, aún me quedaban muchas cosas por entender. Yo decía que era Morá porque cada Semana Santa me ponía mi insignia y por la noche, participaba en la procesión, y ya, hasta el año siguiente. Pero no entendía cómo había gente dispuesta a sacar los tronos a hombros, con lo fácil que sería hacerlo a ruedas, como en otros tantos sitios, y ahorrarse así tanto dolor y sufrimiento que, al juzgar por las caras de horquilleros y costaleros, sentían; tampoco entendía por qué la gente lloraba al ver pasar a cualquiera de las cuatro imágenes; ni cómo una procesión a tan altas horas de la madrugada, como es la del Silencio, podía contar con la presencia de tanta gente por las calles.... Y como estas, varias cosas más, entre ellas, que no pudiéramos irnos nunca de vacaciones a ningún sitio, con todos los días que teníamos y como hacían muchos de mis amigos.

Ya han pasado unos cuantos años y, después de haber participado de forma más activa y más consciente dentro del Paso: ferias del medio día detrás de la barra de la caseta, tardes enteras en la casa de hermandad repartiendo y distribuyendo las túnicas, Novenas, presentaciones de bandas en la Glorieta.... procesiones del Miércoles, Jueves y viernes Santo... Pasando de alzacola a mayordomo, nazareno, guión de las mantillas, salir en la camarería del Cristo de la Misericordia y, finalmente ser portadora suya en el Silencio.... Después de haber vivido, año tras año, la Semana Santa en profundidad y, más concretamente, el Paso Morao, fui dando respuesta a todas y cada una de esas preguntas que en mi más inocente niñez me asaltaban.

Ahora entiendo todo lo que me cuestionaba, porque siento el orgullo de haber sido la primera cofradía en Huércal-Overa de sacar un trono a hombros por primera vez, y me pongo en el lugar de todos esos costaleros y horquilleros, que llevan el peso del trono clavándose en su hombro durante tantas horas, hasta que llega un momento en el que piensas que las fuerzas te van a abandonar, que no vas a poder más... Pero entonces alzas la vista, y ahí está Él, el que un día diera la vida por ti, y Ella, una Madre rota por el dolor de haber tenido que ver sufrir y morir a su único hijo... y es en ese

instante cuando un suspiro sale de tus labios, pidiéndole que te de fuerzas para terminar el recorrido, pues lo que más deseas en ese momento es acompañarlo de regreso a su Iglesia.; porque el corazón se me acelera cuando el miércoles santo por la tarde, se oye llegar a la primera banda de música tocando “Banderas Moradas” y cuando se ven esas capas blancas y rojas de los Regulares, a lo lejos, acercándose al compás de su cadente paso al compás de las chirivías; porque no me perdería por nada del mundo la estampa de esos mismos Regulares, portando al Cristo de la Misericordia, con sus manos en su cruz desnuda y escoltado por sus costaleros, bajando por la calle Sepulcro. Una imagen que encoge el alma a cualquier persona, y después, esa impresionante entrada en la Iglesia, que levanta los aplausos y el fervor de todos los presentes; porque no me perdería por nada esa noche del miércoles en la que, yendo delante del Cristo, me giro para mirarlo, y el alma se me encoge, al ver su semblante en la cruz, con sus heridas y sus llagas... con esa cara agonizante; porque la procesión que más me gusta de toda la semana santa, por su respeto, su solemnidad, su Silencio... es la del Jueves Santo de madrugada, en la que cargando con el Cristo de la Misericordia se notan clavarse las angarillas en el hombro , como si fuera la mismísima cruz que en su día cargara Cristo para librarnos y perdonarnos a nosotros nuestros pecados; porque el viernes santo por la mañana no puedo evitar emocionarme al mirar al Nazareno, al mirar esa cara que baja transformada del Calvario por todo el dolor y sufrimiento que ha pasado; porque no pude evitar llorar amargamente aquel miércoles santo del año 2006 en el que 34 minutos de lluvia no nos permitieron salir a las calles y tuvimos que quedarnos encerrados en la Iglesia, viendo como tantas horas de esfuerzo, trabajo, dedicación.... tanta ilusión.... se quedaban a las puertas.

Pero claro, no todo el mundo es capaz de entender esto, pero de lo que sí estoy segura es de la expectación que despierta nuestro desfiles procesional en cualquier visitante que venga a ver la Semana Santa de Huércal-Overa. Expectación con motivo, no sólo de nuestra gran variedad de túnicas, sino por la riqueza de nuestras imágenes:

Del Nazareno, a mi juicio, una de las mejores obras de Salzillo e imagen representativa de la Hermandad, pues al hablar de ella a todos se nos viene a la cabeza el morao de su túnica y de las flores que adornan su trono dorado. Trono e imagen que levantan fervor cuando los ves pasar, mecidos por su cuadrilla de horquilleros.

La Virgen de la Amargura. postrada ante la cruz en la que ha muerto su hijo, con la corona de espinas en sus manos y en su cara impresa el dolor por la pérdida.

La Virgen de la Esperanza. fiel reflejo de la Madre de Dios, al abrigo de su palio, el cual se mueve al ritmo que marcan sus costaleros, haciendo que con

cada movimiento parezca que es la Virgen misma la que va andando. Los mismos costaleros que hacen que nuestros corazones se eleven a lo más alto, junto con ella, en cada “levantá al cielo”, la cual esperas desde el momento en que el capataz da la voz de “¡A esta es!” y suena el llamador golpear contra la parigüela y ahí va, al cielo. Y qué decir, de ese momento tan esperado por todos en el que la Madre se encuentra con su Hijo y le hace esa reverencia en la que casi puede verse que besa los pies del Nazareno, mientras que este es alzado por sus horquilleros, entre palmas, vítores y lágrimas de emoción de los presentes.

Cristo de la Misericordia, del que este año se cumple el 150 aniversario de su llegada. Bueno, qué decir de él, el Cristo crucificado más impresionante que yo he visto jamás. La verdad es que siempre he sentido debilidad hacia esta imagen, con la que mi cuerpo se estremece cada vez que la contemplo, y se me parte el alma cuando la miro a la cara, esa cara que en función de por donde la mires está agonizando o, ya se haya yacente en la cruz; y esas heridas y moratones en las rodillas.... Para mí, una talla perfecta. Y a la que le tengo una gran devoción.

Un Cristo al que tuve el inmenso honor de portar el año pasado por primera vez y que fue una experiencia única. Como he dicho antes, siempre he sentido debilidad por este Cristo, y de hecho una de las procesiones de toda la semana santa que más me gusta es la de la madrugada del jueves Santo, en la que el silencio, la oscuridad y los penitentes y portadores, todos con el rostro cubierto por un verdugillo, la convierten en una de las más emotivas.

Verlo salir por la puerta de la Iglesia, todo a oscuras, iluminado el paso sólo por la luz de los cirios de los penitentes y sin escucharse otra cosa que el suave toque de un tambor. Como portadora, puedo decir que nunca he sentido nada igual, cuando el año pasado, por primera vez, era yo la que cruzaba el umbral de la puerta con su cruz sobre mi hombro. Y llega un momento en el que la almohadilla de la angarillas parece desaparecer y que es el mismo hierro el que se está clavando en tu hombro. Y llega el relevo. Al principio lo agradeces, pero en unos segundos ya estás deseando volver a entrar para llevarlo otra vez, porque cualquier dolor se te olvida cuando admiras ese semblante divino, en la cruz, con la sangre que brota por su cara y de sus heridas.

Por último, no puedo más que agradecer a mis padres que me dieran la oportunidad de formar parte de todo esto y por enseñarme a quererlo. Y mencionar y mostrar mi agradecimiento también a un Morao que hace ya años no se encuentra entre nosotros, pero al que tengo siempre presente y del que no puedo evitar acordarme cada vez que pasa la procesión por debajo de los balcones de mi casa, a mi Abuelo Vicente Asensio.

¡VIVA EL PASO MORAJO!

Concha María Asensio Martínez-Rives
Portadora del Santísimo Cristo de la Misericordia